

FEMENINO PLURAL

Pienso que cometimos la gran tontería del siglo cuando, llevadas de no sé que fervor mal llamado feminista, masculinizamos nuestra existencia en vez de feminizar los valores sociales. Para entendernos, en vez de jugar el partido de nuestros derechos y nuestra dignidad en nuestro campo decidimos jugarlo en el campo contrario, y así nos va como nos va. Como mujeres, hemos perdido, porque lejos de dignificar lo que han sido nuestro rol tradicional, hemos asumido las obligaciones consideradas masculinas sin que nuestros compañeros practiquen la necesaria reciprocidad. Pero también perdimos una ocasión de oro para “exportar” a la sociedad eso que se ha dado en llamar “valores femeninos” y que, de extenderse contribuirían eficazmente a paliar los graves problemas que, hoy, es preciso considerar a escala planetaria: la explotación de l@s débiles con sus secuelas de hambre, marginación, enfermedad... y muerte, fundamentalmente de mujeres porque no olvidemos que la feminización de la pobreza es un hecho constatado.

La cuestión es que las mujeres hemos organizado un microcosmos social en el seno de la familia que, cuando menos, debería ser estudiado. Una familia es una unidad de producción de bienes y servicios y la finalidad de esa unidad no es la obtención de plusvalías, sino la satisfacción de las necesidades de tod@s sus miembros y hasta ahora, y sin lugar a dudas, el administrador de esa unidad ha sido la mujer, ahora bien, debe realizar la función pero carece de la autoridad, que ha sido ejercida por el hombre/padre. En esta tesitura, nos hemos visto obligadas a actuar desde la persuasión y el diálogo, fomentando conductas solidarias e inculcando actitudes de corresponsabilidad entre tod@s los miembros de la familia; igualmente, nos hemos esmerado en transmitir principios de respeto, tolerancia y aceptación de las peculiaridades de cada uno de nuestr@s familiares y no porque seamos más listas y mejores que nuestros compañeros, sino simple y llanamente porque la supervivencia de la familia va en ello.

No siempre hemos tenido éxito, esencialmente porque los valores sociales son otros. Valga un ejemplo: en estos días hemos sabido que Repsol-YPF ha obtenido casi medio billón de beneficios, un record histórico jamás alcanzado por empresa española alguna, y tienen la desfachatez de hacernos sus cómplices argumentando que la mayor parte de ese beneficio lo han obtenido sobre las espaldas de la depauperada Iberoamérica - algo que la más elemental sensibilidad llevaría a calificar de obscenidad - y que han renunciado a una mayor beneficio al dispensar un trato de favor a los consumidor@s español@s, pues no han transferido al precio de los carburantes que nos venden todo el incremento de los precios del crudo. ¿Qué va a hacer Repsol con esa barbaridad de dinero? ¿Investigar sistemas más eficientes para utilizar la energía contaminando menos? ¿Retribuir mejor el crudo que extrae en el Tercer Mundo? ¿Pagar salarios más altos a sus emplead@s?. No. Primero premiará a sus gerifaltes con una pasta gansa y luego a sus accionistas. Finalmente, lo que quede se empleará en producir más beneficios. Y hasta el momento, nadie se ha escandalizado: se considera natural y hasta encomiable que una empresa consiga altísimos rendimientos y a nadie parece importarle cómo.

Por otra parte, desde todos los ámbitos se nos muestra como algo positivo el incremento de la productividad, del consumo. El éxito de un gobierno no se mide en la satisfacción de las necesidades esenciales de tod@s los gobernad@s; en la corresponsabilización de tod@s los ciudadan@s en ese esfuerzo, no. El éxito se mide en magnitudes macroeconómicas que no reflejan la situación real de los ciudadan@s; más aún, diría que ocultan esa realidad. Luego, y como coartada del sistema, se distribuyen algunas migajas entre los desfavorecid@s y a eso se le llama solidaridad. Permanentemente se predica que el individuo prevalece sobre el Estado, pero ello sólo significa que el Estado renuncia a exigir solidaridad y corresponsabilidad a l@s más ric@s para que el bienestar alcance a tod@s. En este momento, cuanto sirve redistribuir la riqueza que se genera colectivamente se repudia como caro, obsoleto e ineficaz. La persona se encuentra entonces aislada e inerme, obligada a luchar con fiereza para conseguir su parcelica bajo el sol, pero como un enfrentamiento con los poderos@s está condenado al fracaso dada la desigualdad de fuerzas, traslada la lucha contra quienes se encuentran en su misma situación, dándose entonces lo que se ha dado en llamar *darwinismo social*. Algun@s, l@s más despiadad@s e insolidari@s, ganan. La mayoría, perdemos.

No sé de qué modo podemos “exportar” al ámbito de lo público las actitudes y los valores que tratamos de poner en práctica en nuestro entorno más inmediato. Tal vez el primer paso sería auto convencernos que esos valores no son sólo válidos para andar por casa; que su extensión a otras esferas redundaría en beneficio de tod@s y cada un@ de nosotr@s. Algo así como conjugar toda la existencia en femenino plural.

CARMEN HUETE